Una antigua leyenda cuenta que, en un bosque desconocido donde habitan todo tipo de criaturas; cada mil años, nacía una nueva criatura: una criatura milenaria. Esta criatura es distinta a todas las demás que habitan el bosque y, además, siempre vive mil años. Este suceso ocurre el primer día de una nueva estación, a media noche de luna llena.

Hoy, el primer día de primavera, a media noche y luna llena, todas las criaturas de El Bosque Sin Nombre se encontraban en el centro, donde está El Árbol Legendario. La luna brillaba y una leve brisa movía las copas de los árboles. De repente, la brisa aumentó y se volvió un fuerte viento, las nubes taparon la luna. El Árbol Legendario empezó a brillar y una criatura apareció en un círculo que hacían las raíces del árbol. Las nubes se apartaron de la luna y, misteriosamente, esta ya no era llena, se había transformado en "luna nueva".

La nueva criatura se levantó, asustada, pues no conocía nada. Ella era distinta a todas las demás: se parecía mucho a los humanos, pero su piel era blanca como la nieve y tenía dos cuernos blancos. Una criatura se fue haciendo paso entre las demás y se acercó a "ella".

— No tengas miedo — le dijo. — Nadie te va a hacer daño, Monsutá.

— ¿Monsutá? — dijo "ella".

— Así es como te llamarás, Monsutá. Yo soy Ketree, la guardiana de El Árbol Legendario, y este bosque ahora es tu hogar.

…

Varios años después todo ya era normal, Monsutá se había acostumbrado a su vida en el bosque y ya conocía a todas las criaturas que lo habitaban. Había aprendido mucho sobre El Árbol Legendario y sobre las criaturas milenarias. Conocía muchísimos secretos del bosque. Además, tenía su propio escondrijo, donde se cobijaba cuando lo necesitaba o cuando quería pasar tiempo sola.

Un día estaba paseando por el bosque, como de costumbre, pero esa vez fue diferente. Estaba inmersa en sus pensamientos y no se daba cuenta de nada. Llevaba mucho tiempo caminando, había llegado a los límites del bosque. Fue allí cuando se dio cuenta de dónde estaba. Le pareció extraño que a partir de allí ya no hubiese bosque. Se disponía a volver al bosque, cuando oyó voces. Pertenecían a un pueblo de allí. Monsutá, llena de curiosidad, fue a ver que era eso. Cuando llegó se llevó una gran sorpresa, nunca había visto nada igual: no había árboles, sino casas; no había hierba, sino caminos...

— ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? — susurró. — Todos se parecen a mí. A lo mejor, son de mi "especie", en ese caso...

— ¡Un monstruo! ¡Un monstruo! — gritó una mujer al ver a Monsutá.

Monsutá se asustó por los gritos de la mujer y corrió de vuelta al bosque, tenía que hablar con Ketree. Mientras tanto, en el pueblo, la gente intentaba calmar a esa mujer.

—¡Lo vi con mis propios ojos! — decía la mujer. — Tenía la piel blanca, sus ojos eran rojos, tenía unos colmillos muy afilados y, lo más monstruoso, tenía dos cuernos blancos.

La gente se estremeció tan solo escucharla. La descripción del "monstruo" era espeluznante.

En el bosque, Monsutá estaba hablando con Ketree de lo ocurrido.

— Se parecían a mí, Ketree. A lo mejor son de mi especie.

— ¡No! No son de tu especie, ¡eres una criatura milenaria! ¡No hay nadie igual que tú! — decía Ketree, estaba realmente enfadada. — Esas "criaturas" son humanos y no debían saber de nuestra existencia y mucho menos de ti. No debes salir del bosque, ¡nunca!

Monsutá agachó la cabeza y se fue corriendo, no quería lidiar con Ketree enfadada, además, tenía que recapacitar sobre lo pasado. Monsutá fue a su escondrijo y pasó allí mucho tiempo, hasta que decidió lo que hacer: volvería al pueblo e investigaría sobre los humanos. Tenía que pensar muy bien como lo haría.

Al día siguiente, Monsutá salió antes del alba, de camino al pueblo. Procuró hacer el menor ruido posible, siguiendo el camino del otro día, pero... no se acordaba. Decidió, entonces, seguir su instinto.

Llevaba ya tiempo caminando, se estaba dando por vencida cuando vio que cada vez había menos árboles. En poco tiempo llegó al lugar que quería, pero era distinto: no veía el pueblo por ninguna parte, lo único que veía era una pequeña casa, que parecía abandonada. Este no era el lugar de antes. "¿Y ahora qué hago?" se preguntó. Enfadada, se sentó al lado de uno de los poquísimos árboles que habían y, para tranquilizarse, empezó a cantar. Su voz era hermosa y los pájaros se acercaban a ella y se posaban en sus cuernos. Lo que no sabía era que alguien más estaba escuchando. Una chica, que estaba por allí cerca recogiendo bayas, también la oía. Guiada por esa melodiosa canción se acercó a Monsutá. Cuando la vio se sorprendió mucho.

Monsutá había parado de cantar, ya que había notado la presencia de alguien más. Rápidamente se giró y vio a esa chica. Por acto reflejo, se echó hacia atrás y enseño dientes y garras.

— No tengas miedo — dijo la chica, aunque ella también estaba asustada. — No te voy a hacer daño.

Monsutá se quedó muy sorprendida. Esas eran las mismas palabras que había dicho Ketree el día que la conoció. Ketree nunca le había hecho daño, lo que le había dicho lo había cumplido.

— ¿Quién eres tú? — preguntó Monsutá, más fiada.

— Me llamo Yu Sasuke, soy una antigua aldeana del pueblo de aquí cerca.

— ¿Antigua? ¿Ya no vives allí?

— No — dijo Yu con un poco de tristeza. — Me desterraron por intentar ir al Bosque Sin Nombre.

Ese era el hogar de Monsutá. Entonces, sí había gente que conocía de su existencia. Mientas Monsutá debatía ese dilema en su cabeza, Yu la cogió de la mano y la llevó a la casa "abandonada". Por fuera parecía que nadie había pasado allí en años, pero por dentro era un sitio muy acogedor, muy organizado. Yu sentó a Monsutá en un sofá y le empezó a preguntar cosas del Bosque Sin Nombre. Monsutá se las respondía, nunca había hecho eso antes ya que todas las demás criaturas ya lo sabían.

El sol se ocultó y la luna empezó a salir. Fue entonces cuando Monsutá se dio cuenta de que era tarde. Se levantó y se dispuso a salir, pero observó a Yu y una tristeza la invadió. Esa chica había sido amable con ella y no salió huyendo al verla, no podía dejarla. Sonriendo, volvió al lado de Yu, la cual se quedó muy contenta de que se quedara.

— ¿Te importaría si me quedara aquí? Solo sería hasta que acabase mi investigación.

— ¡Por supuesto! Quédate el tiempo que quieras — dijo Yu eufórica.

Estuvieron hablando durante mucho y tiempo. El reloj del salón dio las doce y las chicas se fueron a dormir.

Durante una semana, Yu le habló a Monsutá de los humanos y Monsutá le contó a Yu todo sobre el Bosque Sin Nombre. Un día, Monsutá y Yu estaban comiendo bajo la sombra de un árbol, hablando tranquilamente:

— ¿Enserio el Bosque Sin Nombre tiene tantas criaturas?

— Sí — decía Monsutá mientras masticaba una manzana.

— Me encantaría estar allí; conocer como es, las criaturas que lo habitan...

Monsutá miró a Yu y se quedó pensativa. Ella le había acogido en su casa, le había hablado de su especie... Monsutá tenía que hacer algo por ella.

— ¡Y puedes! — gritó Monsutá. — Yo conozco el bosque, podría enseñártelo: te guiaría, te presentaría a las criaturas y te enseñaría El Árbol Legendario.

Yu la miraba con ojos soñadores, esa mirada fue la respuesta que necesitaba Monsutá. La cogió de la mano y la llevó al bosque. Al principio, Yu tenía miedo, pero poco a poco fue perdiéndolo.

El resto del día fueron aventuras y descubrimientos. Yu estaba encantada, era como lo había soñado.

— Ya está oscureciendo — dijo Yu al ver que el sol se estaba poniendo. — Creo que es hora de irnos, digo, de irme.

— ¿Irte? ¿Vas a ir tú sola?

— Sí, bueno... tú ya estas en casa...

— No — dijo Monsutá. — He vivido mucho contigo y no te voy a dejar.

— Gracias — dijo Yu sonriendo.

Cuando ya era de noche, emprendieron la marcha de vuelta. Al llegar a la casa se fueron directamente a dormir. Pero algo iba a ocurrir esa noche.

A medianoche alguien llamó a la puerta. Cuando Yu abrió la puerta, no había nadie. Miró a todos los lados, pero nada. De repente observó que había una carta en el suelo, que decía: "Abandona esta casa antes del alba, sino, el monstruo lo pagará caro y tú también."

Al día siguiente, Monsutá apareció en una jaula, en el centro de la ciudad, donde todo el mundo la estaba mirando y gritando. Al lado de la jaula había un hombre, parecía el dueño de un circo. El extraño hombre empezó a hablar y toda la gente se calló

— Señoras y señores, de ahora en adelante podrán disfrutar de este nuevo espectáculo: el monstruo del bosque, con una habilidad increíble para cantar.

Monsutá estaba aterrorizada, la iban a obligar a cantar. Lo que no sabía era que eso solo fue el principio de una infinita pesadilla: todos los días tenía que cantar; sino lo hacía, sería castigada, y también había perdido a Yu.

Los días, los meses, los años pasaron... Monsutá ya había aceptado su destino. Ya habían pasado tres años...

Era un día por la mañana, era hora de actuar nuevamente. La gente gritaba "¡Levántate, monstruo de circo!". Iba a empezar a cantar cuando algo llamó su atención; había una chica encapuchada, que miraba con mucha tristeza a Monsutá. De repente se dio cuenta, esa chica era Yu. Monsutá empezó a forcejear la puerta de su jaula, hasta que esta cedió. Saltó fuera del escenario y llegó al suelo. Todos salieron corriendo, mientras el hombre buscaba refuerzos. Monsutá fue corriendo hacia Yu, pero ella también corría. Monsutá sintió unas cuerdas atándola y cayó al suelo, el dueño del circo había derribado a Monsutá. Cuando ella miró hacia donde estaba Yu, no vio a nadie. Monsutá, llena de tristeza e ira, empezó a morder y arañar las cuerdas hasta liberarse. Cuando ya estuvo libre salió corriendo. Llegó a casa de Yu, pero ya no era la misma. No había nada, solo escombros, habían derribado la casa. Monsutá empezó a llorar. No sabía donde estaba Yu, ni siquiera si estaba viva todavía. A lo mejor lo que vio fue solo una ilusión.

Todavía llorando, Monsutá fue hacia el bosque. Lo único que quería era irse, irse a su casa, irse y olvidar todo.

Ya había cruzado la primera hilera de árboles, cuando notó que alguien la agarraba del brazo, impidiéndola continuar.

Monsutá giró la cabeza y vio a una persona encapuchada.

— Quiero ir contigo — dijo la extraña persona.

Monsutá le retiró la capucha. Esa persona era Yu.

— No quiero volver a abandonarte — dijo Yu. — Entenderé si no quieres que vaya, te he hecho mucho daño.

Monsutá no dijo nada, únicamente sonrió y la llevó al bosque.

Justo cuando entraron, el dueño del circo las vio. Cogió una pistola y disparó, pero no acertó. Los árboles habían cerrado el paso, impidiendo que nadie pudiera entrar.

Yu y Monsutá fueron olvidadas. Los que recordaban decían que era una leyenda.

Una historia cerrada a todos, menos al Bosque Sin Nombre. El único que sabe lo que verdaderamente pasó.

**Monstruo de Circo**

Caroline